

iban á clavarse rápidos en las entrañas del monstruo. Pero cierto día que Laocoonte sacrificaba un toro en las aras de Neptuno, dos grandes serpientes, de Tenedos venidas, lánzase desde las ondas, en que han levantado espesas nubes de blancas espumas, y relampagueantes los ojos, abiertas las fauces, agitadas las lenguas como un dardo, exhalando entre silbidos siniestros alientos de muerte, rojas como la sangre, ligerísimas como la llama, lánzase á una sobre los miembros de Laocoonte y de sus hijos, á sus miembros se ásen y enroscan furiosísimas, oprimiéndolos con sus frías escamas y levantando sus cuellos sobre la cabeza de los míseros mortales, hasta que, después de haber mugido, cual toros alanceados, en frenesíes de rabia y en espasmos de furor, devoran la carne de aquellos tres cuerpos ahogados y arrojan sus esqueletos raídos, como en cumplimiento de una implacable celestial venganza.

— No se puede hablar mejor — decía rebosando de regocijo Agripina, mientras Nerón respiraba.

— ¡Buen declamador, buen declamador el muchacho! — murmuraba Claudio por decir algo, temiendo el enojo de su mujer.

— Amigos — preguntaba Narciso, — ¿á qué vendrá todo esto? ¿Podréis decírmelo? Porque yo no entiendo una palabra.

— No entiendes una palabra — le respondió Tito — sin duda olvidando en la ciencia de las cosas palaciegas que todo este salón es un teatro; que los embajadores y los césares y el valedor son unos cómicos; que pleito tal equivale á una representación dramática, y ese perdurable discurso resulta en término postrero un monólogo de consumado actor.

— Augures innumerables — continuaba diciendo Nerón — presagiaron á Troya su desastroso fin. Casandra, la más hermosa entre todas las hijas de Príamo, recibió largo tiempo los homenajes de Apolo, quien deseaba con ella casarse. Mientras fueron rendidos y amorosos novios, obtuvo Casandra en regalo de su amador el don de profecía; pero como al llegar la hora de casarse, Casandra rehusase dar la blanca mano al dios éste, que no había podido arrancarle y revocar la prerrogativa ya dada, frustróla de manera muy singular, sugiriendo á todos la idea de no creer jamás los pronósticos y augurios lanzados por la infeliz profetisa. Así la joven se deshacía en lamentos y nadie la escuchaba. Desde torre altísima,

tendidos los brazos al sitio donde se hallaba el colosal caballo, fuera de las órbitas los ojos, crispadas las manos, trémulo todo el cuerpo; como veía los griegos dentro de la máquina, comunicábalo así á los troyanos en voces repetidas y agudas; pero nadie la escuchaba. Unido á esto el fatal acaecimiento de la muerte dada por los monstruos á Laocoonte, hostil al caballo, que herido por sus flechas ni siquiera se movía, Troya no podía menos que sufrir un tremendo engaño y ver por todas estas muestras en el colosal simulacro una religiosa ofrenda. A mayor abundamiento llegó el pérfido y embustero Sidón, dándose por griego, pues no podía ocultarlo, pero también por disidente de los griegos, y herido á sus manos, como patentiza en su cuerpo magullado y maltrecho. Este redomado traidor mintió cuanto pudo para persuadir á los troyanos al ingreso de la máquina fatal dentro de la fuerte Ilión. Suponiéndose víctima consagrada por los suyos á los dioses para granjearse al zarpar feliz navegación, encareció tanto sus angustias en la preparación del sacrificio y sus esfuerzos al romper las ligaduras, que le tomaron por griego renegado y por seguro asiático, desasiéndolo de toda relación filial con Grecia y reconociéndolo cual hijo verdadero de Troya. Y no había para menos, pues á la continua declamaba Sidón sobre cuánto habían perdido los griegos abandonando el Paladium de Minerva y cuánto iban los troyanos á ganar recluyéndolo dentro de sus muros. El desprecio á los augurios de Casandra y el asentimiento á los embustes de Sidón, las interpretaciones dadas al triste caso de Laocoonte con otras mil supersticiones análogas, determinaron enérgica resolución de todo el pueblo, quien, anheloso por satisfacer á los dioses y alejar á los enemigos, abrió ancha brecha en sus muros, bridó con fuerte cable al caballo y lo condujo entre coros de mancebos y danzas de vírgenes al seguro de su invencible fortaleza. ¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por blanca luna los griegos, arribaron á las riberas de Troya desde las riberas de Tenedos. Sidón abrió la puerta simulada que tenía el caballo en su vientre, dejando en libertad á los allí metidos, quienes bien pronto degollaron la guarnición y tuvieron la fortaleza. Corrían las primeras horas del sueño en Ilión. Al natural sopor prestado por este diario descanso uníanse aquella noche los pesados sopores consigüentes á los excesos en las bebidas escanciadas durante la procesión para

honrar á Minerva y en demanda de su divino amparo. Arde, pues, Troya. El saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan. Caen las paredes y ruedan las moles entre grandes erupciones de brasa y nieblas rojizas de humo tempestuoso y de llamas voraces, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado sobre aquel suelo maldito; tórnanse irrespirables los aires á la densidad espesísima de tantos vapores como los abrasan; el cielo se oculta y se apagan las estrellas como tras velos fúnebres; por aquí se oye un lloro de niño, por allá un grito de mujer; el resuello de la virgen violada sobre los tálamos honradísimos de sus padres únese al extertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; de un lado singulares batallas en que mueren todos los combatientes, de otro lado terribles defensas que matan para devolver odio con odio y aumentar el universal horror; aquí asaltos movidos por la cólera, y suicidios allí en los arrebatos de la desesperación, pues diríase que la tempestad con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus trombas oceánicas, la peste con sus alientos asoladores, el terremoto con sus bostezos asesinos habíanse congregado allí para hundir á Troya, la cual en breves horas tornóse colossal hoguera, próxima y muy próxima de suyo á reducirse tan sólo á un frío montón de cenizas, en el cual ni siquiera se hallaron sus viejas y sacrosantas ruinas. No estaba en aquel supremo combate Aquiles, ya muerto, pero sí estaba su Pirro. Un descendiente como querían los oráculos del viejo Eaco, asistía en aquel momento á la última noche de Troya. Pirro fué por Aquiles engendrado y de sus mismos furores nacido. Así dirigió sus pasos al palacio de Príamo para concluir la obra iniciada por su padre. Precipitóse al escaló componiendo la terrible tortuga helénica, y á su voz corren las escalas por todas las paredes y por ellas gatean todos los sitiadores, guarecidos bajo su escudo á fin de preservarse la frente y sin mirar siquiera dónde ponen los pies. Objetos ricos del palacio, muebles, armaduras, estatuas ruedan sobre los asaltantes y aplastan á muchos. Un torreón, que se levantaba erguido sobre aquel vasto monumento, como un observatorio reservado á sus vigilantes guardias, cae con estrépito sobre los combatientes. Pirro, de pie y airado en el vestíbulo; resplandeciente con su armadura de acero que al fulgor del incendio reflejado en sus brillantes aristas esplende y

relumbra; el hacha en sus manos; las puertas del palacio recién derruidas á sus pies, parece como el genio de la desolación entre los horrores de la guerra. Pero todo es pálido junto á la tragedia de aquel interior siniestro, en el cual llegan los dolores humanos á su colmo. Mientras unos defienden palmo á palmo las escaleras y las entradas, cayendo al golpe superior de los enemigos, otros corren desalados en busca de una piedra colosal, de un abismo profundo, de una llama devoradora que los acabe y los entierre por no presenciar tantas catástrofes. Las mujeres fugitivas andan sollozando en todas direcciones y los vencedores las cogen del cabello, las tiran sin piedad al suelo y las cargan de cadenas tras ofenderlas y desacatarlas. Las madres llevan los pequeñuelos abrazados al pecho y piden la muerte para ellas con tal que á ellos les dejen la vida. Pirro excita con excitaciones múltiples al asalto, y lo arrastra todo en su furor, más que la inundación; y lo abrasa todo en su cólera, más que el incendio. Los defensores con sus deudos muertos al pie quedan reducidos en su impotente debilidad á mirar en su fría estupidez los escombros y los cadáveres cual mira un campesino su vieja cabaña sumergida en las aguas de un río que ha salido de madre. Príamo, revestido con las insignias del combate y del mando, dirígese al doméstico altar levantado en amplio patio, bajo la bóveda del cielo y cubierto únicamente por los ramajes de un laurel sagrado. Junto á sublimes lares véase á Hécuba la reina de Troya, la mujer de Príamo, con sus hijas, semejantes á palomas precipitadas por la tempestad sobre los campos é impedidas de remontar su vuelo, que abrazan á sus diosas, mas ya tan inertes y tan frías como las estatuas á cuyos cuerpos están abrazadas. En esto, y poco después de haber llegado Príamo, llega el postrero de sus hijos, el más joven, Polites, jadeante, pues Pirro lo persigue sin tregua y lo mata en aquel sitio, manchando con su encendida sangre la cara de los dioses, de los reyes, de los padres del infeliz inmolado. Príamo, en tal catástrofe, aún tiene fuerzas para maldecir al ciego matador, quien lo coge, lo derriba, lo arrastra sobre la sangre de los suyos, entre los clamores de las enloquecidas princesas, y cuando ya lo tiene próximo al ara, le hunde su espada en el corazón mismo, al filo de la cual acaba, no solamente aquella dinastía, Troya entera, y no solamente Troya entera, el predominio de Asia.

sobre la dirección del mundo. Ni los niños fueron perdonados para que no pudiese de nuevo erguir su cabeza la dinastía en aquel sacro lugar exterminada. Mientras Príamo acababa sobre los altares de sus dioses, Andrómaca, la viuda severa del héroe troyano Héctor, corría en todas direcciones, llevando su hijuelo, apenas destetado, en hombros para pedir la salvación suya, debida indudablemente á su inocencia. Lloraba el niño á voces y á desgarradores sollozos, como si el instinto de conservación le advirtiera la imposibilidad completa de salvarse. Sus manos agarraban el cuello de su madre como agarra el náufrago la tabla; escondíase la cabeza en aquel seno como los polluelos del nido la esconden bajo las maternales alas. Únicamente volviendo del orco Héctor hubiera podido salvar á su hijo de las sentencias infligidas por un hado implacable. Andrómaca no podía en término postrero hacer otra cosa sino cubrirlo de besos, regarlo de lágrimas; y cayendo á los pies del vencedor, recordarle como fueran los griegos niños también y tuvieran madres. Pero la matanza con sus vapores embriaga más que la borrachera, y los griegos cogen al niño sin compasión alguna y lo estrellan furiosos sobre el ya ensangrentado pavimento. ¿Si esto es de los niños, qué será de las mujeres? El vencedor refina su crueldad y para más atormentarlas y acrecentar su dolor les respeta la vida. Quedan, pues, las reinas y las princesas esclavas. El griego las amontona como fragmentos de sus despojos y las reparte todas en castigo á los esfuerzos empleados por ellas en los combates entre Grecia y Troya. La escultura helénica, tan armoniosa y serena de suyo, hanos transmitido en sus melodiosas líneas y en sus dechados rientes una excepción luctosa con estas reinas cantoras, semejantes á una sombra fúnebre y á una elegía en piedra. Aquí tenemos en el palacio de nuestros césares mil simulacros de aquella tristísima efigie de la Hécuba desolada, Hécuba la mujer de Príamo, la troyana reina, que tiende sus brazos en inútil demanda de piedad y vuelve su demacrado rostro al cielo, preguntándole afligidísima la causa de su abandono; y contemplando mil veces tan triste simulacro, hame parecido que en aquel frío mármol aún lloraba, como si fuese una imagen de todas las grandezas caídas, de todas las ciudades incendiadas, de todas las naciones muertas, de todas las tragedias históricas. Después de haber sido casi diosa, reina, sentádose bajo

un solio, compartido un lecho sacro, engendrado generaciones de príncipes y reyes frigios como no los engendrara iguales jamás el Asia, habitado palacios tan grandes cual ciudades, puéstose adornos que competían con las constelaciones del cielo, vese, por haber vivido mucho, á esclava reducida, tras el degüello de los suyos, que resplandecieran á guisa de divinidades sobre las aras, y ve sus propias hijas, que había reservado para ilustres himeneos, deshonoradas y en servidumbre. Así la reina guardó puertas ó amasó panes, como la última criada del último campesino, y vistió harapos, y tuvo hambre, no dejándole ni siquiera la esperanza de saber dónde hallaría una tierra compasiva para postrar y sacra sepultura de su regio cuerpo. Y aún son más tristes que todos los lamentos de la tristísima Hécuba los plañidos de Casandra, cuando pide á los sacerdotes muertos que enciendan las lámparas del hogar con las antorchas del himeneo ó enseñen coros epitalámicos á los jóvenes frigios y urdan velos preciosos para envolver su cuerpo de doncella y trencen guirnaldas de desposada para ceñir sus sienes, porque piensa casarse allá en el hondo abismo por do vagan los muertos con la sombra de los vencedores y vengar por un matrimonio como el matrimonio de Paris con Helena los queridos manes de su familia y de su patria. ¿No estaba todavía satisfecha la vindicta de Grecia? Tras aquellas matanzas y aquellos incendios aún pedían más horrores. En el momento de partirse á sus hogares aparecióseles Aquiles en sombra y les dijo cómo no se creía vengado aún; exigiéndoles un sacrificio digno del nombre que llevaba en el mundo y de la gloria que les había legado en el tiempo. Cuando en las incidencias del sitio, griegos y troyanos anduvieran en sendas embajadas que se requerían mutuamente de paz, trataron, si á una concordia se llegaba, de casar Polixena, bella hija de Príamo, con el héroe griego. La satisfacción que Aquiles no había gozado en vida reclamaba en muerte. Polixena, pues debía ser inmolada sobre la tumba de Aquiles. En la cumbre de una redonda colina los griegos alzaron el ara indispensable al sacrificio. El hijo de Aquiles tomó la mano de Polixena, y en vez de conducirla, como prometían su juventud florida y su hermosura varonil, al propio tálamo, llevóla con escrupulo al frío sepulcro. En efecto, un heraldo griego impuso al concurso profundísimo silencio, y el joven triunfador de Troya, tomando

áurea copa en el puño donde centelleó su espada, ofreció libaciones de sangre virginal á la memoria de su padre para que le fuera propicia, prosperando la indispensable navegación y conduciéndolos sanos y salvos á Grecia. Hecho esto, Pirro sacó su espada bruñida, de puño áureo y fino corte, mandando á sus compañeros que asieran el cuerpo de la virgen ó se la presentaran sujeta y dispuesta para la inmolación. Pero ella, en su candor, ninguna resistencia opuso al sacrificio: que los infelices no temen la muerte, ofreciendo su cabeza de grado, pues prefería irse del mundo á continuar habitándolo en la rota de los suyos y en la propia servidumbre. Los jóvenes se detuvieron pasmados así ante su valor como ante su hermosura; y Polixena, regocijada con aquel triunfo de la debilidad sobre la fuerza, presentó á la vista de sus sacrificadores el más precioso cuello y el más turgente seno que hubieran podido contemplar los ojos. Un ser verdaderamente humano compadeciérase á tanta desgracia y conservara joven tan hermosa y dulce á la vida. Pero un verdadero vencedor en las batallas carece de sentimientos en su corazón, tanto que se diría no tiene corazón en sus entrañas. El hijo de Aquiles clavó la espada en el seno de aquella víctima, que supo caer rodeada por el resplandor bellísimo de su virtud y de su pureza.

— No se puede hablar mejor — dice á Claudio Agripina.

— Ya lo creo — respondió Claudio maquinalmente.

— ¿Habréis visto nada más inoportuno en tal arenga? — pregunta Narciso á los dos príncipes que con él departen.

— Pero ya sabes las condiciones de este género en la oratoria contemporánea — dice Británico al sabio liberto de su padre. — La que debo pronunciar yo adolece de los mismos caracteres oratorios. Bien examinada, se reduce á una relación más ó menos poética sin objeto alguno. El régimen republicano se fundaba en la contradicción y en la controversia; el régimen imperial en la sujeción á los césares; por consiguiente, sólo admite un género de oratoria tan monótono cual el panegírico. Donde Nerón ha dejado el relato de las desdichas de nuestra madre Troya, tomaré yo el relato de las contrariedades opuestas por el hado á la fundación de Roma, que recogió la herencia de Ilión, y al fundador Eneas, que trajo á las playas nuestras, á las playas lavinias, los penates y los dioses troyanos.

— En cuanto acabe Nerón, adelántate sin tardanza, Británico, á pronunciar tu arenga — díjole al príncipe con insistencia el taimado liberto.

— ¿No habéis notado — añadió Tito — cómo la oración dicha por Nerón adolece de cierta pompa oriental?

— Verdad — exclamó Británico á su vez, confirmando y robusteciendo el juicio de su camarada.

— El autor de la obra parece á la verdad Séneca — apuntó con timidez Narciso.

— Y Séneca — observó Tito — no adolece de lenguaje florido. Antes lo tiene breve, sentencioso, conciso, revelador de una profundidad grandísima en el pensamiento.

— Un estilo elevado y un lenguaje poético no excluyen el rigor en los racionios y la insondable profundidad del pensamiento. Testigo, Platón.

— Para mí — observó Británico — Lucano ha puesto mucho de su imaginación poética en el discurso.

— Pero escuchemos al orador — dijo el liberto — que acaba su relación ahora.

— Y veamos por dónde saca el inexperto al final punta — dijo Británico.

— No se perderá. Pues así como la retórica de Séneca, la poesía de Lucano pertenece á todo cuanto hay de selecto y hermoso en las letras clásicas.

— Tan bueno el filósofo en decir como perverso en proceder — dijo Narciso.

— Perverso no — le observó Tito, — pero sí débil.

— Yo detesto más á los criminales por debilidad que á los criminales por naturaleza — dijo Narciso.

— Pero escuchemos — exclamaron á una los dos príncipes.

— He contado todo esto — dijo Nerón — para concluir, no en detrimento de Grecia, nuestra santa madre, no; en recuerdo de la ciudad á quien debemos vida y sangre sobrehumanas casi nosotros los romanos. Así hemos reconciliado en el seno de nuestro Lacio Troya y Frigia, las dos tierras que parecían apartadas por un abismo de recuerdos horribles y por un océano donde hierven olas por igual encrespadas de lágrimas y de sangre. Tal acontece á me-

nudo. Aquellos que se han combatido en este bajo mundo, suelen llegar tras la muerte á mundo mejor, advertir que son hermanos y que igual sangre les riega el cuerpo é igual espíritu les anima en la eternidad. Cual nuestra fe viva en su amplitud ha recogido todos los dioses dentro de la universal religión romana, el antes angosto Pomerio ha recogido todos los pueblos. Nosotros hemos rehecho la Cartago de nuestros enemigos; nosotros reverenciado aquella solemne Alejandría, desde donde los Ptolomeos nos disputaban, guarecidos tras el recuerdo de Alejandro, la dominación y el imperio; nosotros reedificado á Corinto, cicatrizándole cruentas heridas en su seno abiertas por manos de los propios griegos. ¿Cómo no debíamos acorrer á Frigia, nuestra madre? Cuando queremos divinizar á los emperadores vamos á erigirles templos en Oriente, allá en la hermosa Grecia y en el Asia Menor. Allí los tiene mi bisabuela, Livia, y allí los tiene también Agripina, mi abuela. Si Claudio, mi padre, no los cuenta, como Augusto mi bisabuelo, como Germánico mi abuelo, como Agripina mi abuela; si cual Claudio no los cuenta mi madre tampoco, es por haberlos rehusado en su modestia y por prometerse y esperar con razón de la posteridad este homenaje debido á sus respectivas grandezas. Nadie, sin embargo, puede ahora disputarles cuanto han hecho por Grecia; nadie regateará elogios á cuanto hagan por Troya. De la gran ciudad, cuyas copas de oro, destinadas á brindar la hospitalidad, han merecido alabanzas en todos los tiempos, acaso hayamos traído los romanos esta grande aptitud que tenemos á brindar también á todo el mundo con nuestras ideas y con nuestros derechos. Prestigioso lugar aquel de Troya, donde se detuvo Jerjes un día en su paso al Helesponto, para ofrecer un sacrificio de mil toros á la Minerva Glaucopis. Claudio, Agripina, dejadme, para concluir, deciros que, redimiendo los tributos y quebrantando las cadenas de Troya, vosotros haréis mucho más; entraréis por esta obra meritoria en el Olimpo antiguo y os asentaréis allí en igualdad completa con todos los dioses.

Un silencio profundo siguió á la elocuente arenga. Los mismos que acaban de oír con gusto á Nerón, gran declamador, volviéronse por un impulso instintivo á Séneca, el artífice de aquella obra tan magníficamente declamada. Así el triunfo ensayado en

honor y provecho del pupilo íbase á convertir en triunfo propio del filósofo, su maestro. Agripina comprendió pronto con su rápida penetración el desaguisado próximo; y después de haber blandido un fulgor siniestro de sus terribles miradas y haber puesto miedo en los ánimos con uno de sus rugidos, levantó las manos y dió la señal de los aplausos, esperados con un gesto de convencional modestia tan extraño por Nerón, que parecía, no sólo aguardarlos, sino también pedirlos. El horror á la emperatriz determinó sumo entusiasmo en los circunstantes, muy temerosos de pagar con la vida cualquier muestra de frialdad en el homenaje debido por su esclavitud á los caprichos cesáreos. Así, cuando se volvió á Nerón Agripina y le consagró muestras de su entusiasmo, todos aplaudieron, empezando por Claudio, que tan reservado se mostró en aquel momento, y concluyendo por Tito, que había criticado con tal dureza la oratoria y el orador de la fiesta. Ensayado todo, cual pudiera en una comedia ensayarse, y designadas de antemano las fórmulas, Agripina debía dirigir á Claudio un ruego por la forma, un verdadero mandato por el acento, por el gesto, por la actitud y apostura de soberana imperiosísima sobre todas aquellas soberbias humilladas, para que levantase de súbito los tributos pagados por Troya y le prometiese, como descendiente de aquella ciudad y de su diosa Venus, una continua reparación y un verdadero amparo. No hay para qué decir cómo el emperador obedeció las sugerencias incontrastables de Agripina. Con seguridad no existe máquina tan obediente á su motor cual Claudio lo fué al imperioso ruego, si ambas palabras pueden unirse, de su esposa. Dió la sabida sentencia y se redoblaron las muestras de artificiosa y convencional alegría, como si la ignorasen ó la temiesen posible de otra manera y de otra suerte. Así todo había salido para la emperatriz á pedir de boca: magnificencia del acto, número del concurso, belleza de la composición oratoria, perfección del declamador Nerón, actitud y gesto de los embajadores troyanos, reverencia de tantos enemigos como allí habla, los cuales en su interior podrían echar cuantas chispas quisiesen contra la fascinadora mujer, pero en apariencia obedecían y veneraban á la diosa como todo el mundo en aquella cohorte de viles cortesanos. Así, quedó muy contenta de su estrella y muy pagada del festejo en que había conseguido dar un paso más hacia la exal-

tación al Imperio de su amado cachorro. Iba con prontitud á levantar la sesión, cuando un caso inesperadísimo la paralizó en su alta sede, como si la sangre se le hubiera helado en las venas y convertido-sele la fibra de sus carnes en moléculas de inmóvil estatua. Para todo podía estar Agripina preparada menos para que la presencia de Británico en medio de la sala, pidiendo á su padre la palabra con objeto de referir proezas como las épicas del pío Eneas, complemento de la troyana tragedia, rematase aquella sesión con una victoria del temido rival, pretendiente á la corona, quien maldecía siempre de su madrastra y llamaba Domicio á Nerón y se orgullecía con su nombre de Británico, el cual significaba «viejas glorias de Claudio,» llevadas por él como si fueran otros tantos títulos de su constante aspiración á la imperial herencia y otras tantas demostraciones de su divina sangre. Bien hubiera querido Agripina oponerse, y algún ademán ó gesto de oposición hizo; pero no persistió viendo que á Claudio se le caía la baba en presencia de su hijo y se ponía en actitud de aguardar del hijo una elocuente arenga.



CAPÍTULO IV

ELOCUENCIA, POÉTICA, MÚSICA NERONIANAS

La emoción causada por aquel arresto del joven príncipe imperial, pidiendo la palabra y preparándose á usarla sin previo permiso y por su propia cuenta, conmovió á los grupos diversos, distribuidos en el salón, como dijéramos antes, conforme y según lo por cada cual representado y sostenido en tan extraña escena. Othón y Narciso, con todos cuantos amaban al joven desgraciado, á causa de sus prendas y de sus infortunios, aplaudieron la súbita é inesperada resolución; mientras los neronianos la reprobaban á una, más con extrañeza y estupor que con odio y saña. Sin embargo, precisa ver una muy especial circunstancia cuando se mira toda lucha del bien con el mal; precisa ver la cobardía congénita eternamente al mal. Mientras el bien lucha siempre á cara descubierta, empleando fuerzas propias y francas, el mal ha menester de auxilios tan cobardes como la hipocresía, la traición, el crimen. Británico acometió de frente la dificultad, en tanto que Agripina y Nerón habían menester de unas espirales muy largas. Así llegó el buen muchacho hasta punto estratégico favorable de un solo esfuerzo y á él yendo en línea recta. La maldad necesita del disimulo, y amén del disimulo, de las tinieblas. Con pocos, puede irse fácilmente al crimen; pero con muchos, imposible. Un público lo